



DES  
CU  
BRIEN  
DO  
MI  
VOZ

DESCUBRIENDO  
MI VOZ

Una publicación de la Facultad de Artes,  
Universidad de la República, 2022

Rector: Rodrigo Arim

Facultad de Artes

Decano: Fernando Miranda  
Consejo de Facultad de Artes

Orden Docente

Norberto Baliño, Héctor Laborde, Ana Laura López,  
Paula Giuria, Graciela Carreño

Orden Estudiantil

Lucía Padula, Verónica Anzalone, Juan Pedro Souza

Orden Egresados

Angélica Lazarimos, Sally Cabrera, Raúl De León

Proyecto de Ilustración y Diseño Editorial

Estudiantes de 4.º año de la Licenciatura en Artes Diseño Gráfico 2022

18 de Julio 1772 - Montevideo, Uruguay

Tel.: (598) 2403 64 40 / 2403 64 41

<<http://www.enba.edu.uy>>

Impreso en Imprenta Del Este Sol

ISBN 978-9974-0-1966-9

Esta publicación se distribuye exclusivamente en forma gratuita, en el marco del proyecto de extensión Resistencia Invisible, Facultad de Artes, Universidad de la República.

# Índice

Capítulo I, El frío .....	16
Capítulo II, El sótano.....	18
Capítulo III, La casita .....	21
Capítulo IV, La canaleta.....	24
Capítulo V, Los baños .....	26
Capítulo VI, El hueso .....	29
Capítulo VII, El silbido .....	31
Las compañeras.....	33



# Prólogo

En el marco del curso y sobre un punto de partida vinculado a la historia reciente, mujeres ex-presas políticas, docentes y estudiantes de 4.º año de la Licenciatura en Artes Diseño Gráfico se proponen profundizar desde la educación formal la valoración del testimonio, el encuentro de generaciones, promoviendo un novedoso resultado sobre las experiencias compartidas.

El arte problematiza desde lo poético, alumbra otros aspectos, permite miradas infrecuentes. Junto con personas estudiosas e investigadoras, las y los artistas son protagonistas necesarios del proceso de memoria. Su práctica constituye un acto de liberación de las diferentes formas de dominio y es un modo de conocer el mundo y cambiarlo.

Si el relato fundamenta la identidad personal y colectiva, hemos atravesado por un proceso de construcción de memoria elaborado en el fino coloquio de la empatía. Parfraseando al cantautor: ¿Quién dijo que todo está perdido? Yo vengo a ofrecer mi corazón. Aquí hablamos de plasmar en una novedosa expresión artística cinco formas de comunicar.

El trabajo explora la dimensión individual y colectiva del encuentro.

Revela la existencia de un deseo testimonial en conexión con la obra artística como mediación didáctica y estrategia de aprendizaje. El resultado son cinco formas de irradiar luz.

Colectivo de ex-presas políticas del Uruguay, 2022.



# Presentación

Nosotras fuimos una generación comprometida con sensibilidades diferentes, con inserciones políticas y sociales diferentes, pero en todas nosotras había algo en común, la lucha por nuestros derechos y los de todas y todos<sup>1</sup>.

Los proyectos de extensión universitaria son propicios para la generación de debates sobre aspectos que tienen que ver con la construcción de ciudadanía. Es un aprendizaje que se sucede a través del intercambio generado por diferentes personas de la sociedad. Estos saberes no se aprenden en el aula ni con discursos de profesoras y profesores, no se encuentran en libros ni en bibliotecas.

En base a esta experiencia educativa, el 4.º año de la Licenciatura en Artes Diseño Gráfico de la Facultad de Artes, aborda este proyecto con perspectiva de género y derechos humanos vinculado al colectivo de ex-presas políticas del Uruguay de la dictadura cívico militar, que fueron detenidas en el período 1968-1985, al que denominamos Resistencia Invisible.

Acordamos generar una serie de publicaciones bajo el paradigma de comunicación basada en la esperanza<sup>2</sup>.

Con esta idea se formaron cinco equipos de estudiantes para proyectar su propuesta de publicación, avanzando paso a paso en un proceso de creación gráfica. En los grupos cada estudiante se posiciona brindando sus saberes, en tanto a la redacción, la ilustración, el diseño gráfico o en la idea en su conjunto.

Es así que este libro ha llegado a sus manos, regado

---

1 Extracto de discurso de la puesta de la piedra fundamental del memorial de ex-presas políticas del Uruguay, 3 de octubre de 2019.

2 <https://www.openglobalrights.org>



de esperanzas de todas las personas participantes, estudiantes, docentes y del colectivo de ex-presas políticas del Uruguay.

Equipo docente de 4.º año de la Licenciatura  
en Artes Diseño Gráfico, Facultad de Artes, 2022

Gracias a quienes alzaron su voz para mantener viva  
la memoria y ayudar a escribir el pasado  
para que no nos sea tan ajeno.

Gracias a quienes hicieron y hacen de nexo  
para que podamos conocer y entender las cicatrices.

Y gracias a quienes leen estas palabras  
y a quienes no quieren más silencio.



# Introducción

En los años 70-80 en Uruguay se vivía, como en otros países vecinos, bajo un régimen dictatorial conocido -no tanto como nos gustaría- como la última dictadura cívico-militar. En ese período de nuestra historia se vivieron distintos sucesos difíciles que siguen latentes hasta el día de hoy. Uno de ellos fue la encarcelación de cientos de personas. Para algunas de ellas sus días terminaron allí en manos de quienes llevaban este régimen adelante, otras salimos, y a otras aún las seguimos buscando. Algunas de las que salimos no olvidamos, recordamos y compartimos nuestra historia contada con nuestras propias voces, historias que no queremos y no podemos permitir que se transformen en olvido, para que no vuelvan a ocurrir. Historias que hacen a nuestra historia, la historia.

En estas palabras voy a contarte un poco lo que fue ser una presa política mujer bajo la última dictadura cívico-militar en nuestro país.

Debe ser por la edad, porque cada vez que me pongo a mirar para atrás los recuerdos llegan todos juntos, desordenados. Se empujan por aparecer, como si fueran chispazos, imágenes de la televisión, de esas que se suceden sin solución de continuidad cuando se cambia de canal. Hasta todos tienen la misma intensidad, como si todo hubiera pasado al mismo tiempo, en el mismo momento. Pero, ¿por qué son estos y no otros? ¿será que todos tienen algo en común?

Ya se sabe que los recuerdos tienen colores, tienen olores, tienen sonidos. Y eso es lo que les da consistencia, lo que los vuelve de cada uno de nosotros, intransferibles, lo que los mantiene vivos. Si no fuera por la memoria de las sensaciones, nuestros propios recuerdos podrían confundirse con una anécdota que nos contó alguien o con un relato que leímos en un libro.

Pero no todas las sensaciones son igualmente dóciles, no todas vienen así de fácil a ayudarnos a componer nuestra memoria. Algunas son esquivas y aparecen como un destello, a veces una puede olvidarse de los rasgos de un rostro y es una sola expresión imborrable la que lo vuelve a dibujar, otras, una puede olvidarse del timbre de una voz y son solo dos o tres palabras combinadas las que traen el sonido de nuevo y sientan su recuerdo a tu lado, una vez más a conversar. Y entonces, para recrear lo querido hay que valerse de ese recurso, al menos hasta que por reiterado nos traicione o hasta que de tanto rebuscar, encontremos otros que nos ayuden.

También hay sensaciones tan intensas, tan primarias, que no son la llave de un solo recuerdo, sino que forman parte de muchos de ellos. Se les adelantan, los uniformizan, los entreveran. En lugar de ayudar confunden. Y entonces hay que ponerse a ordenarlos, para que los recuerdos no se nos escapen, no se nos pierdan, no desaparezcan.

## Cuento I

# El frío

Hacía mucho frío aquella tarde de agosto, la del entierro de Líber Arce.

Frío en la calle, frío en la casa. ¡Cómo no entendían que lo que había pasado no podía pasar! Que había que pararlo de alguna manera, que todo se estaba viniendo abajo. ¡Cómo no entendía yo que ellos ya se habían dado cuenta! Y que al frío de la desilusión por ese país que se les derrumbaba se le sumaba el frío del miedo.

Pero esa no fue la primera vez que sentí esa sensación.

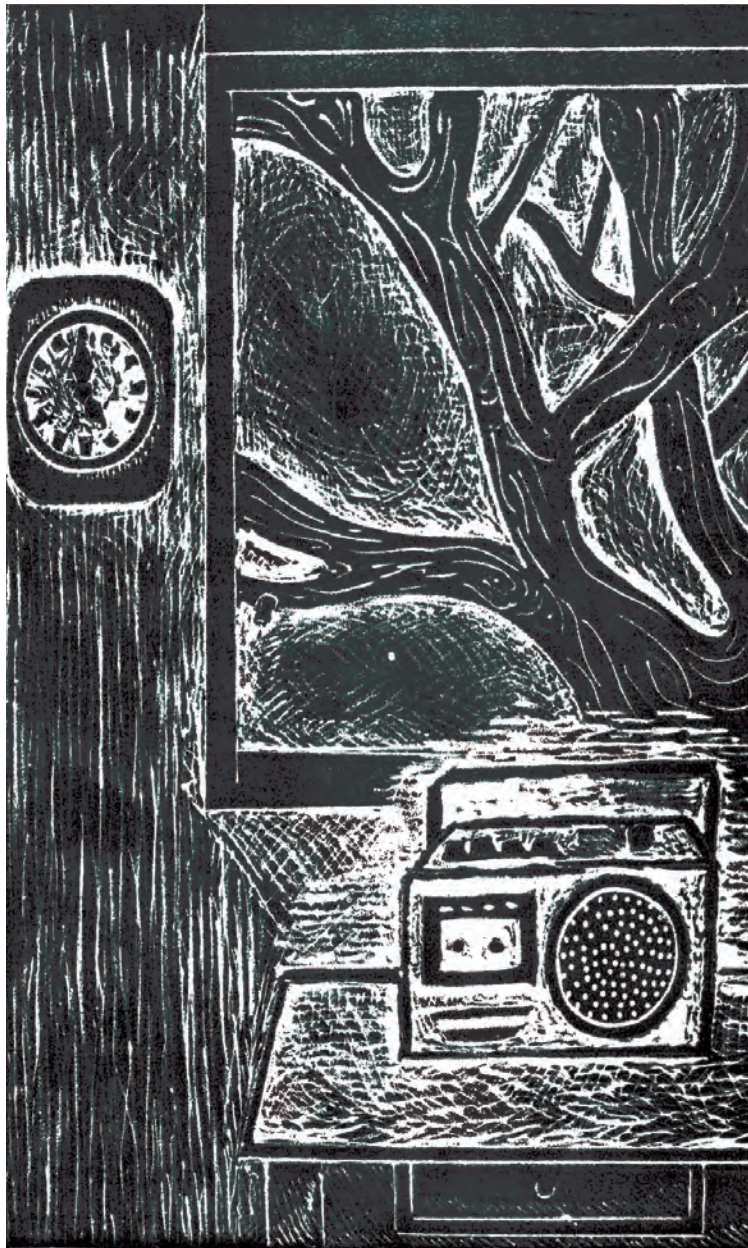
Unos años antes, a la hora de ir al liceo, -estaba recién en primer año-, mi padre, que siempre había estado tan orgulloso de su país -el país de don Pepe, un país donde la cultura era el valor máspreciado, donde en cada casa entraban varios diarios por día, donde todo el mundo sabía de política y todo el mundo opinaba, donde era natural opinar porque las opiniones eran respetadas-, me dijo: «Lleva la cédula. Ahora hay medidas prontas de seguridad. Ya no se puede andar así nomás por la calle». Y habló tan bajito, pero no era el susurro de la complicidad, sino el del desencanto. No sé si nos dimos cuenta que había un tiempo que se había acabado, pero ni él me explicó nada ni yo pregunté. No me acuerdo si era invierno, pero sentí como si me hubieran sacado el abrigo.

A las siete de la mañana del 27 de junio me despierta la radio que estaba en la cocina. Mejor dicho, me despierta la marchita: «Comunicado de las Fuerzas Conjuntas...», confirmación innegable de lo que ya había pasado la noche anterior, de lo que venía pasando desde febrero, de lo que vaya a saber desde cuándo se estaba gestando.

Había tanto para hacer y ni un minuto para detenerse. Y nadie me detuvo. Dije: «Me voy». Y no hubo rezongos, ni ruegos, ni consejos. Ni siquiera se despidieron con «¿A qué hora volvés?», como lo hacían cada vez que salía. Ya sabían que esta vez era distinto y su certeza me lo

confirmó a mí también. Cuando salí a la calle, el frío me golpeó en la cara. Pero allí se quedó; el frío se quedó en la piel porque por dentro la sangre circulaba a toda velocidad. La sentía correr por la espalda, por las sienes, por las piernas listas para correr, prontas para plantarse. Como las tuve que tener aquel 9 de julio. Hacía tanto frío «A las cinco de la tarde» que me castañeteaban los dientes: frío, miedo y descontrol, que ya estaban instalados a pesar de todas las resistencias.

Después hubo otros fríos, quizás más terribles: el frío del plantón, el de la celda, el de la lejanía y la incertidumbre. Sin embargo, yo los recuerdo iguales, no más intensos, no más dolorosos, no más desconcertantes que aquellos primeros fríos. Será que ya me estaba acostumbrando a sentirlos.





## Cuento II

# El Sótano

Ellos nos vinieron a buscar, una madrugada de septiembre. Cuando una cae con la hija, se sufre más por la hija que por una misma.

Esa noche nos llevaron a El infierno, o sea, al 300 Carlos. Pasamos unos días brutales como tantas compañeras y compañeros. Luego nos trasladaron al cuartel, más precisamente al sótano de este. Ahí, al igual que en los otros lugares, no éramos las únicas.

Este sitio no tenía baños, había unos tachos que todos y todas debíamos utilizar, cualquiera fuera la necesidad.

Un día pedí y me dejaron salir. Cuando volvíamos me empujaron escaleras abajo y para no caerme levanté la venda que nos ponían para taparnos los ojos, fue terrible lo que vi.

Pasaron muchos años, creo que nunca lo olvidaré. Lo que vi lo tengo grabado en mi mente: cuatro figuras acurrucadas, desarticuladas, oscuras, casi como muertas, todas junto a una pared gris casi negra. Un frío helado me golpeó el pecho, me paralicé y otro empujón: «Bajá perra –me grita el guardia». Y ahí, entre esas personas estaba mi hija.

Cuando llegué al lugar que me correspondía había un compañero a mi lado, se llamaba Alcides, me dijo su nombre despacito porque no nos podíamos hablar, estábamos todos incomunicados.

Estando en el sótano una noche sentí que mi hija cantaba muy despacito Palabras para Julia:

«Pero tú siempre acuérdate de lo que un día yo escribí pensando en ti, penando en ti, como ahora pienso...

La vida es bella ya verás, como a pesar de los pesares, tendrás amigos, tendrás amor, tendrás amigos...»

Lloré mucho.

Casi un mes después nos llevaron al Batallón 14; a mí al calabozo, a mi hija a un pasillo. Siempre me mantenían encapuchada, menos cuando estaba dentro del

calabozo. Un día, por un agujero de la pared, vi a una compañera, estaba barriendo con una vanda en los ojos, me fijé bien en su perfil para no olvidarla.

Después de unos días nos pasaron a enfermería, que era ahí mismo en el 14. Nos levantaron la incomunicación y lo primero que vi fue a mi hija. Ella no me reconoció, ¡cómo estaría yo! Luego encontré a la compañera que vi por el agujero de mi calabozo y comenzamos a charlar, a preguntarnos cosas. Le conté lo del sótano y de los compañeros que estaban allí. Le comenté que uno de ellos se llamaba Alcides ¡el grito que dio la compañera! Un grito de alegría al saber de Alcides, pues era el compañero de ella ¡Qué feliz estaba al saberlo vivo y bastante bien! Esa sensación de que entre tanta cosa mala siempre hallamos algo bueno.

Más adelante me trasladaron al Penal de Punta de Rieles; el sufrimiento también me encontró allí.



PERO TÚ SIEMPRE ACUERDATE  
DE LO QUE UN DÍA YO ESCRIBÍ  
PENSANDO EN TI  
PENSANDO EN TI  
COMO AHORA PIENSO

## Cuento III

### La casita

En mayo de 1972, poco más de un año antes del Golpe de Estado, apresaron a mi hermana. No importó que estuviera embarazada, cumplieron con la tortura como era la regla.

Quiero destacar dos cosas. La primera es que la relación con mi hermana siempre fue muy fuerte. Hemos estado muy unidas aun a la distancia. Somos gemelas. Pero además recorrimos caminos similares. En cierto modo, lo que le ocurre a una la otra también lo vive como propio. La segunda es que ambas enfrentamos el desafío de la memoria y del relato, secuencias y fechas que se van difuminando a medida que pasa el tiempo.

Mi hermana fue condenada por la Justicia Ordinaria a cinco años de penitenciaría. Solo por un tiempo le permitieron tener a su hijo con ella. Estuvo en algunos cuarteles hasta llegar al Penal de Punta de Rieles en donde nos reencontramos. A mí me habían condenado a once años de cárcel.

Hacia fines de 1975 o principios de 1976, a raíz de una requisa, los militares armaron un pretexto -recién conocido mucho tiempo después- para sacar a mi hermana del penal. Y desapareció.

Mi padre movía cielo y tierra para dar con ella y no lo conseguía.

Tiempo después nos enteramos que la habían llevado al 300 Carlos, donde fue torturada salvajemente sin hacerle ni una sola pregunta. Allí, en cierto momento, sintió algo raro, no podía moverse. Estaba envuelta en una lona y atada; la dieron por muerta y la harían desaparecer.

Transcurrieron días, semanas, hasta que alguien advirtió que se movía y alertó de que seguía viva.

Luego de eso la trasladaron al 4° de Caballería donde también la torturaron, pero esta vez la interrogaron sobre un supuesto plan de fuga del cual ella no tenía idea. En realidad, dado que se acercaba el fin de la condena,

era un pretexto para reprocesarla por la Justicia Militar y prolongar su tiempo de cárcel.

Habían transcurrido meses cuando las Fuerzas Armadas resolvieron que no hubiese mujeres en los cuarteles, por lo que fueron trasladadas al Penal de Punta de Rieles. Esa decisión abarcó a mi hermana que fue devuelta al Penal -aunque en un calabozo aislado-. Pasado un tiempo, no pudieron mantenerla en aislamiento y volvió a la celda bajo amenazas constantes, pero después de lo vivido, era como nacer de nuevo.

Al no poder procesarla de nuevo, llegó el término de su condena y en mayo de 1977 firmó la libertad, pero continuó en prisión en un marco de incertidumbre constante. De vez en cuando la sacaban de la celda y la trasladaban a otro sitio del Penal, la dejaban allí esperando, no se sabe qué, y luego la regresaban a la celda. Pasaban las semanas y los meses y yo estaba alerta esperando una liberación que no era para nada segura.

Estábamos en celdas diferentes, pero frente por frente. Un día, la sacaron de la celda y yo intuí que se iba, salí y nos confundimos en un apretado abrazo, un poco despedida y un poco esperanzada celebración. En verdad, cuando a uno lo sacaban del penal no tenía certeza de adónde iba.

Como estaba prohibido salir de la celda, luego del abrazo me sancionaron llevándome al calabozo de aislamiento. Totalmente incomunicada y sin mayores utensilios que los de la supervivencia, me resigné a esperar. La incertidumbre es terriblemente desgastante para una presa.

Pasaron algunos días y desde el celdario me llegó la muda de ropa limpia que preparaban las compañeras.

Enseguida me puse a revisar prenda por prenda. Entonces tomé una camisa a cuadros y la empecé a mirar detenidamente. No había nada. Se me ocurrió dar vuelta el cuello y allí, casi imperceptible, bordada con hilo blanco encontré una casita.

Mi hermana estaba en casa.



## Cuento V

### Los baños

En el Penal de Punta de Rieles los baños, como cualquier otro lugar de ese mundo que habitábamos, cumplía varias funciones, habiendo dos de vital importancia. La primera, era el lugar donde se concretaban las funciones inherentes a la especie humana, la segunda, era de carácter social, hasta diría, cultural.

Todo comenzaba la noche anterior cuando la guardia nombraba a dos compañeras a quienes denominábamos rancheras. Estas tenían como cometido atender el rancho, o sea, el almuerzo, la cena, el mate y el café. También se designaban dos fajineras, que debían higienizar los baños y los corredores.

Una de las tareas que debía realizar este equipo era organizar los baños de todo el sector, algo difícil dadas las condiciones de los baños, la poca capacidad de los calefones y la cantidad de usuarias que manifestaban su necesidad de bañarse. Esta situación despertaba los más ásperos comentarios de las milicas: «estas mujeres pasan bañándose todo el día».

Debíamos dividirnos en tres o cuatro turnos para un mejor rendimiento del agua. La organización constaba de una planificación en detalle que comenzaba con el pasaje por las celdas de las fajineras preguntando: «¿cuántas se bañan en este turno, con cabeza o sin cabeza?». Si el baño era completo, con cabeza, disminuía el número de usuarias, comenzando así a disociar las infinitas partes de nuestro cuerpo, en este caso, nuestra propia cabeza.

En estos momentos, como en otros, aparecía la solidaridad, que en esta situación tenía ribetes de dramatismo.

Se escuchaba decir: «no te preocupes, báñate vos, dejo la cabeza para después», y esto significaba un desfasaje entre el cuerpo limpio y la cabeza sucia que podía extenderse por un tiempo infinito.

El operativo tenía tres tiempos: uno, el ingreso al duchero; dos, el enjabonado y enjuague y tres, el secado y colocado de la ropa limpia.

En algunos lugares, por ejemplo, en el sector A, se formaban subgrupos de tres que funcionaban así: todas se quitaban la ropa antes de ingresar; entraban y la primera se mojaba y enjabonaba rápido mientras las dos restantes esperaban atentas; cada una repetía la operación; cuando la tercera terminaba de enjabonarse pasaba la primera al enjuague y así sucesivamente. Cuando el calefón desde lo alto de la pared enviaba sus últimas gotas, en una actitud desafiante y militar, o ni bien terminaba el primer grupo y el agua se enfriaba, el operativo se convertía en un fracaso más de la vida cotidiana.

Los pequeños subgrupos operaban rápidamente por lo cual muchas veces entre la espuma, los chorros de agua que salpicaban en todas partes, el jabón que caía por el piso y los desencuentros por el espacio estrecho, hacían del baño un operativo peligroso y hasta agotador.

Pero luego venía el paso tres, era un momento difícil. Simultáneamente trataba de entrar el otro subgrupo, que pasaría por las mismas situaciones.

En un largo banco verde, donde se dejaban las pertenencias, se mezclaba la ropa limpia con la sucia, comenzando una especie de lucha.

Cada una trataba de encontrar la suya, produciéndose una serie de desencuentros entre la ropa, las toallas, los jabones y las jaboneras.

—¿Cómo es posible que pierda el calzón si lo traía con toda la ropa?

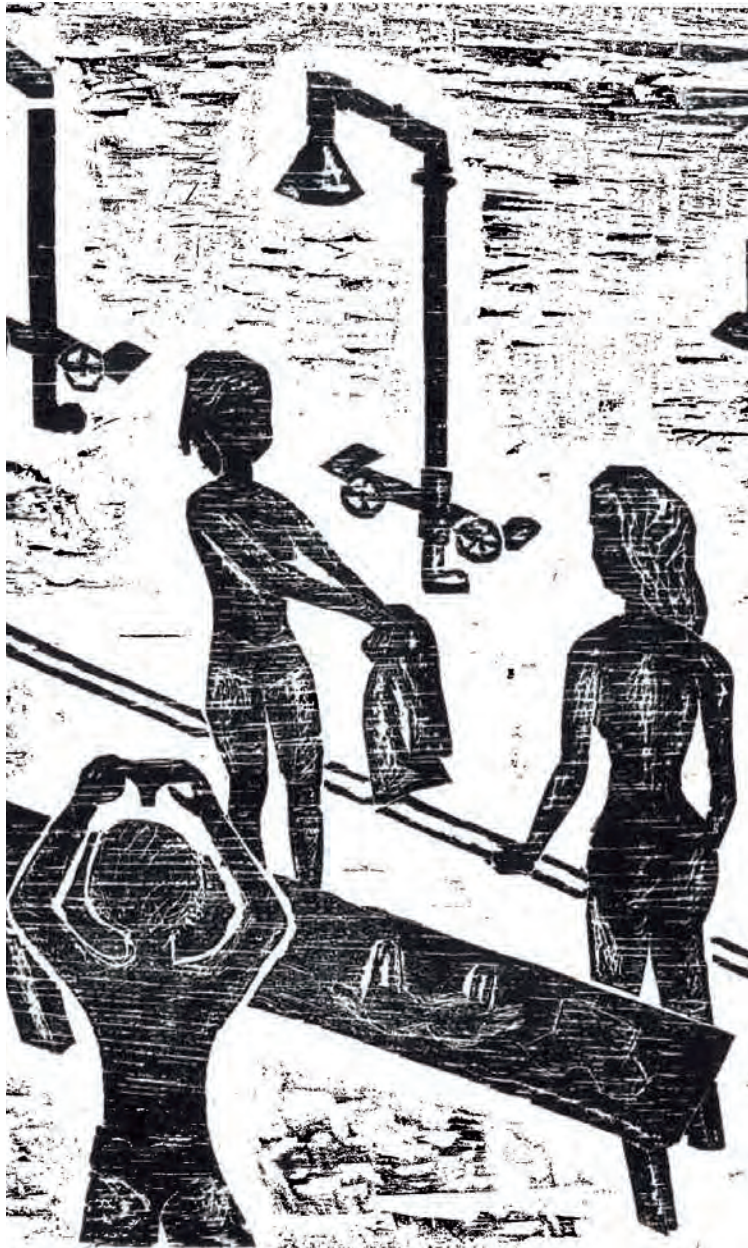
—¿Quién vio un soutien rosado?

—¿Por qué estamos tan apretadas si somos solo quince?

—¡Cuidado! ¡Cuidado! Con ese jabón que viene de la ducha.

—¡Salí como entré! Ya no queda agua.





## Cuento IV

# La canaleta

Cuando llegué por primera vez a la celda que me correspondía, ya tenía una cucheta esperándome, un poncho hecho con una morita y una tarea para hacer.

¡No sabes cuántas cosas se aprenden trabajando con las manos! Se aprende a hablar y a escuchar, a compartir y a construir. Se aprende a hacer canaletas.

Canaleta era una palabra con muchos significados. Era el tejido o la labor artesanal que se estuviera confeccionando y también era la bolsa, generalmente hecha de arpillera, que cada una de nosotras tenía para guardar su trabajo. Canaleta es una zanja, un rayón ancho y profundo como las rayas, los recuerdos y los miedos; las locuras con las que cada una de nosotras tenía que convivir y que debíamos guardar en nuestra bolsa para que no nos pesaran en lo cotidiano, para alivianarnos la vida que todas sentíamos como transitoria, aunque el pasaje fuera largo e incierto.

Por eso, cuando me fui, me regalaron una, para que guardara allí todo lo que iba a encontrar afuera.



## Cuento VI

# El Hueso

Al mediodía hacíamos la fila para que nos sirvieran la comida, en un silencio muy respetuoso hacia los soldados que nos atendían. Cuando llega mi turno, miro, en mi plato había un hueso pelado, enorme, que ocupaba casi todo el espacio.

—Por favor, yo no como hueso. ¿Puede sacarlo? —le digo.

—¡Coma! -me grita el cabo que estaba al lado.

—No soy perro —le contesto.

—¡Apellido!

—Canina —respondo.

—¡Sancionada! —exclama, muy irracional.

No hubo forma de hacerle entender que Canina es mi apellido. Por lo tanto, terminé sancionada y sin comida.





## Cuento VII

# El Silbido

Era casi fin de año y finalmente me citaron del mismísimo supremo tribunal militarísimo.

Tuve suerte, me llevaron en una camioneta normal con vidrios y no en una «sardina». Me calcé los lentes, que casi no usaba por tener una miopía muy leve, pero quería asegurarme de ver todo con nitidez. Fue increíble. Al llegar a la ciudad quedé extasiada mirando las calles, la gente, los autos, las plazas, las casas.

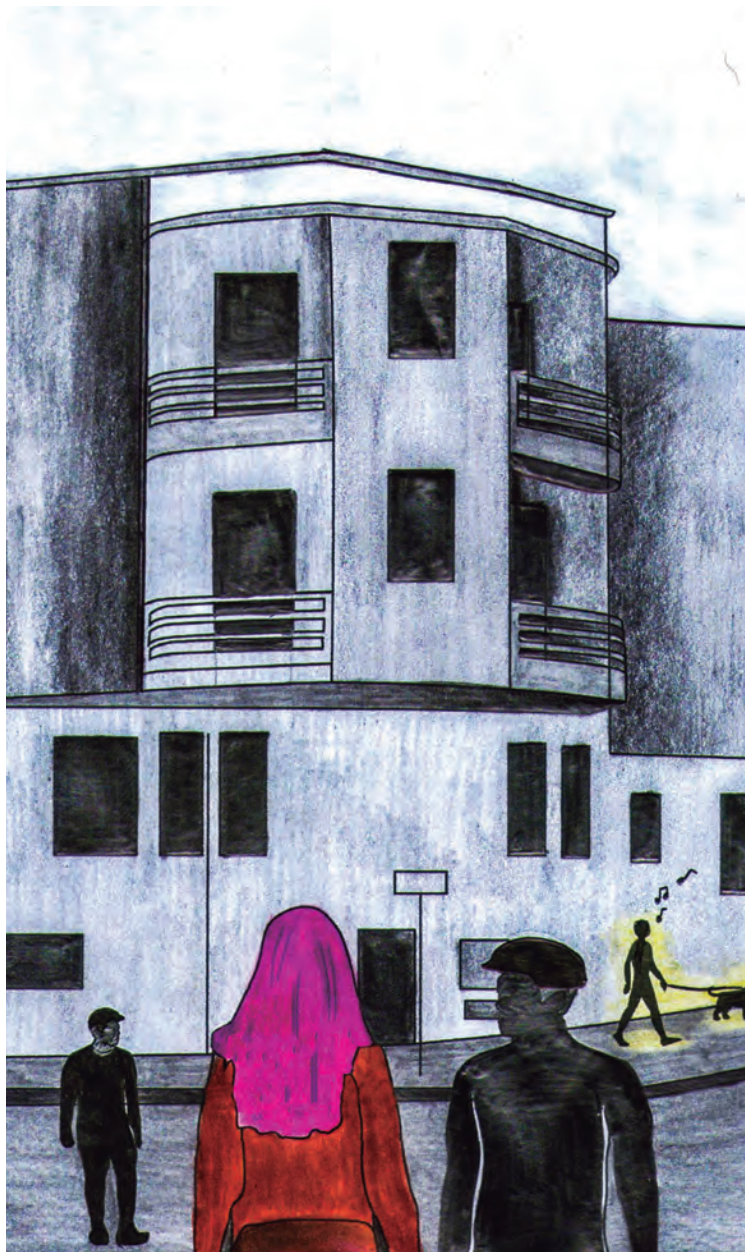
La camioneta estacionó frente al tribunal, en esa época ubicado en el barrio Parque Rodó, en Luis Piera casi Pablo de María.

Estaba dentro del vehículo esperando a que los escoltas terminaran su maniobra de ponerse cada uno a mi lado para poder bajar cuando todo empezó a transcurrir como en cámara lenta.

Siento una tonada conocida, un silbido amistoso. Mis oídos, aturdidos mientras recuperan sonidos olvidados, demoran un poco en captar la melodía. Dirijo la mirada hacia el silbido al tiempo que la Internacional empieza a sonar increíble en mis neuronas. Veo a un muchacho que pasa delante de mí y la escolta armada, con las manos en los bolsillos, al tranquito, la cabeza gacha mirándome de reojo, con un perro trotando a su costado. No puedo creer su osadía. Pero los milicos ni idea, claro. Lo saludo con los ojos, con la mano que paso una y otra vez por el pelo y con la sonrisa discreta. Él sigue caminando parsimoniosamente y silbando, manso, la mirada oblicua enfocándome. Yo también lo miro, con la mirada saludo hasta que dobla la esquina ya con el cuello estirado. Quiero correr hasta él y abrazarlo, agradecerle su complicidad y audacia que derrite al Uruguay de la oscuridad y el silencio.

Cuando entré y me senté por segunda vez —ahora sin salto de cama, aunque de uniforme gris— frente al secretario y los papeles —el juez y el abogado brillaron por su ausencia—, fue para firmar mi libertad. Esta vez no estaba tan durita y sonreía pensando en el muchacho, en el regalo que me había hecho.

¿Se acordará?





## Las compañeras

Las compañeras son algo sin igual, solidarias, cariñosas y tan queridas. Allí había algo que pocas veces encontrarás afuera; esa comprensión, ese saber que están en el momento que las necesitas. Por eso cuando me fui, ¡cómo las extrañé! Me pareció todo tan distinto sin ellas. ¡Te encuentras con un mundo tan hostil afuera! Y pensar que siempre seguirás con ellas en la memoria, te ayudan los recuerdos de las vivencias tan gratas. Cuando salí estaba más fuerte que nunca, más firme en mis ideas, ideas que nadie podrá quebrar nunca jamás. Las personas tienen derecho a su libertad y están preparadas para enfrentar el porvenir plenamente y con toda la fuerza.



## Epílogo

Estos cuentos fueron recopilados de la trilogía de *Memorias para armar* y de los cuentos expuestos por ellas en un evento llevado a cabo el 25 de noviembre de 2021, y editados con el fin de generar un relato que haga de ventana entre nuestras vidas hoy día y aquellos tiempos oscuros que vivió nuestro pueblo. Una pequeña abertura para saber que hay más historias, invitándolos e invitándolas a conocer más, a leer y escuchar a quienes están dispuestas a compartir sus memorias para que podamos entender que no son tan ajenas, no son tan lejanas, sino que son personas como nosotros y nosotras que pensaban con identidad y no callaban, como tampoco callan ahora. Pensar por nosotras y pelear por lo que creemos es un acto de amor, de valentía y es un derecho humano que debe ser respetado. Derecho a vivir y a ser, no castigarnos por pensar con propiedad ni por ser mujer.

Son caminos y luchas difíciles, pero tanto en la esperanza como en la incertidumbre y en el dolor, nunca estamos solas.

Estudiantes de 4.º año de la Licenciatura  
en Artes Diseño Gráfico, 2022

**María Laura Barufaldi**  
**Isabel Alicia González**  
**Milena Ojeda**  
**María Fernanda Rivero**  
**Esteban Techera**  
**Yamila Vignoli**

Sofía Olivera  
María Victoria Pereyra  
María Sol Scaniello  
Facundo Benitez  
María Belén Beretta  
Jennifer Da Luz  
Diego Laco

Nicolás Décima  
Amy Díaz  
María Eugenia Jardín  
Braian Salvador

Equipo docente de 4.º año de la Licenciatura  
en Artes Diseño Gráfico

Elina Zurdo Durán  
Zulma Giménez  
Adriana Vesperoni  
Jorge Martínez

Gimena Garabelli  
Andrea Gargiulo  
María Eugenia Fregossi  
Emilia Lapeyre  
Sofía Luzardo

María Milagros Barchi  
María Noel García  
Belén De Los Santos  
Joaquín Harguindeguy  
Constanza Quinteros  
María Melisa Sosa  
Micaela Ruíz Díaz

# Agradecimientos

Queremos agradecer especialmente a todas aquellas personas que colaboraron para que este proyecto sea posible.

A Analía Gutiérrez, Magalí Pastorino y Santiago Piñeyrúa, docentes de Facultad de Artes, por sus colaboraciones en las diferentes etapas de producción.

A Mariana Achugar, Mercedes Altuna, Ema Zaffaroni, docentes de la Facultad de Información y Comunicación, por compartir sus vivencias, conocimientos y compromiso social.

A Flor de María Meza, profesora del Área de Derechos Humanos del Servicio Central de Extensión, por transmitirnos sus experiencias vastas y enriquecedoras.

A Natalia Rodríguez por la impresión de los libros.

A Yoseana Fernández por su participación y aportes .

A Crysol y, particularmente, al colectivo de mujeres ex-presas políticas del Uruguay.

Muchas gracias.



DES  
CU  
BRIEN  
DO  
MI  
VOZ